

# MI ESCRITURA TIENE...

POR

MARGO GLANTZ

Mi escritura tiene conexión con las ballenas y con las mariposas monarca. Podría decir que, aparte de mis padres, a quienes les debo la vida, son las ballenas y su creador, Melville, y las mariposas monarca y sus creadores, Mariana Frenk y los oyameles, los causantes de mi escritura. Y ahora que lo estoy escribiendo me parece cada vez más cierto. Yo no sé mucho de la naturaleza, de la cual me interesan sobre todo los animales escritos, al estilo de los que colecciona Borges en su *Manual de zoología fantástica*, pero mis animales son, como los personajes de las novelas de Conrad y de Dostoievski, los animales verdaderos, los animales reales, porque como ellos decían (Conrad y Dostoievski), «la realidad sobrepasa a la ficción». No comparto con ellos (o con otros autores a quienes siempre he amado: Faulkner y Flaubert, Stendhal y Proust) la intimidad profunda que tenían con los seres humanos, a quienes me acerco, casi siempre, a través de un libro y no con la piel. Es una desgracia; también una fortuna. Debido a eso, las inscripciones se me marcan en la carne y de esas marcas sale una escritura fraguada poco a poco, a pedacitos. O quizá lo anterior sólo sea cierto hasta mi último libro publicado, *Erosiones*, porque a partir de este año las cosas han cambiado. He hecho dos viajes definitivos, viajes que me conducen a las fuentes, al origen. Antes viajaba yo a las ciudades, a los museos, a las tiendas estilo *Bloomingdale's*, a los cines, a los restaurantes. Esta vez viajé al encuentro de la naturaleza, me dirigí a Michoacán, cerca de Angangueo, donde hay un bosque de oyameles; en él anidan las mariposas monarca, después de una aventura de miles y miles de kilómetros por los aires. En los árboles se cuelgan, se acurrucan, se enciman, se dan color y vida, esperando mantener su especie, sin importarles nuestras guerras y nuestras destrucciones, y volando a la menor provocación del sol. Nosotros llegamos, muy callados, y cuan-

do digo nosotros me refiero a los hombres y a las mujeres que vamos a verlas, a espiar sus secretos, a husmear el color de sus alas, a esperar que vuelen hacia nuestra cabeza y se detengan un minuto sobre nuestro pelo, sobre todo si éste es rubio (¡qué quieren, las mariposas monarca aman también lo claro, como Quetzátcoatl!), y luego sigan volando para posarse en las ramas de los pinos e inclinarlas bajo su peso, formando una espesa mancha densa, casi repugnante, sobre el paisaje, y, de repente, ponerse a volar hacia la claridad y duplicar el color amarillo del sol. Ese viaje y otro, el que me llevó a ver las ballenas y a las focas (a estas últimas no las quería ver y las vi sin querer, porque estaban sobre las rocas, cerca de los pelícanos, del mismo color y con pieles y formas distintas). Las ballenas fueron lo esencial, siempre me ha fascinado su ambigüedad, su mamífera forma de volverse al agua —de donde todos venimos—, su obstinada persistencia, su navegante condición. Todo eso, sí, pero todo era mentira, sacada de los libros. Lo buscaba en todas partes, conocía la información, la coleccionaba, la fragmentaba y luego hacía mis *collages* de letras hasta juntar doscientas, y además, azules, pero eran de papel, como los tigres chinos.

### *Dos viajes hacia la realidad*

No hay remedio, la realidad nos gana. Las ballenas se comportaron con entera discreción, no destruyeron mi barca (de motor), pero destruyeron la de Ahab (de remos), y la de una embajadora europea que se había aventurado (sin su marido) a verlas, y una de ellas, molesta por el ruido del *jet set*, partió en dos su yate.

Yo las vi paseando con el lomo sucio y arañado; junto, el ballenato. El ruido del surtidor de agua, produciendo cuando salen a respirar, nos advertía de su presencia. El ruido del motor, de la nuestra. De inmediato, se sumergían y podíamos ver la partida cola, entrando con gracia en la espuma. A lo lejos, otras jugaban a ser equilibristas y dejaban ver una cabeza triangular entre las olas. Aspiraciones múltiples, la del surtidor y la de la emoción de verlas, aunada a los numerosos sobresaltos que ya me habían causado el admirarlas en la fotografía o al estudiarlas en la enciclopedia, al seguir, con angustia, sus aventuras en su vida blanca, cuando Melville las vestía como Moby Dick.

También conocí a un capitán nacido en Acapulco. Pastorea turistas norteamericanos hasta las desoladas rocas de la Isla de la Raza, donde multitud de pájaros bobos ocupan las arenas para poner sus huevos en cantidades sorprendentes sin dejar un solo espacio en blanco y ocupando

con matemática certitud el lugar que les corresponde sin dañarse las alas, coloreando de otra forma los granos de la arena: se parecen a los pájaros descubiertos por Darwin en las Galápagos.

Y navegué por las aguas por donde navegan los barcos japoneses y coreanos en su intento por aniquilar nuestra fauna y nuestra flora, porque allí andan matando lobos marinos, echando veneno a las madreperlas para que la Península de los mitos, la antigua California, llena de torotes, manglares, corales negros, palvadanés, correccaminos, zopilotes y pinturas rupestres se vaya convirtiendo en un desierto aún más violento del que encontró Cortés cuando las aguas de su desgracia lo hicieron navegar hasta el golfo que lleva su nombre.

Ya no hay perlas, sólo coral negro. Las perlas vienen de Tailandia y las cultivadas del Japón, que nos dejó sin perlas blancas. Ahora le venden a uno, envueltas en papel de china, y como contrabando, unas perlas canijas, deformadas, de colores morbosos, y la península muy larga, pero angosta, tiene en su parte sur doscientos mil habitantes calcinados; se distribuyen en las rancherías y se amontonan en los cabos, hacia adonde se dirigen día tras día caravanas de vaqueros que ya ni siquiera hacen el Oeste, ni matan indios, ni traen *sheriffs*: vienen con sus trailers y acampan en lugares específicos. Lo traen todo: su refrigerador, sus latas, su agua sin amibas: nos compran gasolina y nos dejan su basura. Las enormes rocas que separan el Océano Pacífico del Mar de Cortés permanecen en su intacta reciedumbre y con su erizada belleza de otros tiempos. Así siguen, ojalá que para siempre: crecen los hoteles, montados sobre las rocas, con vista al mar; la terraza, llena de turistas sin campers: beben dáquiris adornados con colores y sabores artificiales, visten shorts y sudaderas, anteojos oscuros y ridículos. Pasa la ballena; me señala el mesero. No la puedo ver, hay demasiadas perturbaciones en el ambiente. La brisa marina es fría, el dáquirí se sube a la cabeza, me detengo, el adiquirí tradicional se ha transformado, es un adiquirí de ahora en adelante, papagayo despintado pero sonoro; mientras, la ballena se ha hundido en las olas y no puedo verla, no puedo verla, me desespero, mi aventura todo me ha entrado por los ojos, que mi pasividad en la acción es tan grande como la que preside a mis lecturas: yo asisto a la operación *Mil leguas de viaje submarino* desde la vitrina; mato a Moby Dick y quedo coja como Ahab, cabalgo con D'Artagnan y llevo al cuello el collar de su reina, incendio la casa de Jane Eyre, completo su transcurso y me reescribo en otro mar, es el *Ancho mar de los Sargazos*, desemboco como Proust en un cuarto caluroso, tapiado de guata, y allí me despido con placer de Odette, hoy que he comprendido «que no era mi tipo», comparto con Borges la idea del tigre (aunque lo sustituya con ballenas o mariposas mo-

marca —simples origami—) y regreso al punto de partida, a ese punto clave, galáctico, que me precipita de nuevo a la escritura y a la lectura, en un círculo infernal. He visitado por obligación, con gusto, ¡claro!, las playas verdaderas; he admirado, fuera del zoológico, las formas animales: he visto saltar a las ballenas como Proust miró a las catedrales, después de haberlas entendido por las letras de su nombre y corroboro después en la experiencia que me quedé en el nombre de la rosa.

No hay remedio. Cada uno tiene el mundo que merece, el mío no es el de Conrad, o lo es cuando con los ojos permanezco, quieta, sumergida en la sensación inmensa de un mar de todos los orientes; tampoco es el de Melville, o lo es cuando leo Moby Dick acostada en una hamaca, teniendo el mar enfrente y a la brisa y al sol sobre la cara. Bernal tuvo que acudir a la escritura para demostrar la verdad de su pasado; Casanova sensualizó su destierro y convirtió su biblioteca en una cama; yo apunto hoy, en este texto, un procedimiento escriturario, describo una dolencia, la diagnostico y me receto un libro, en ese eterno proceso antropofágico mediante el cual digiero los fragmentos y los reincorporo a la eterna circulación de los escritos.